

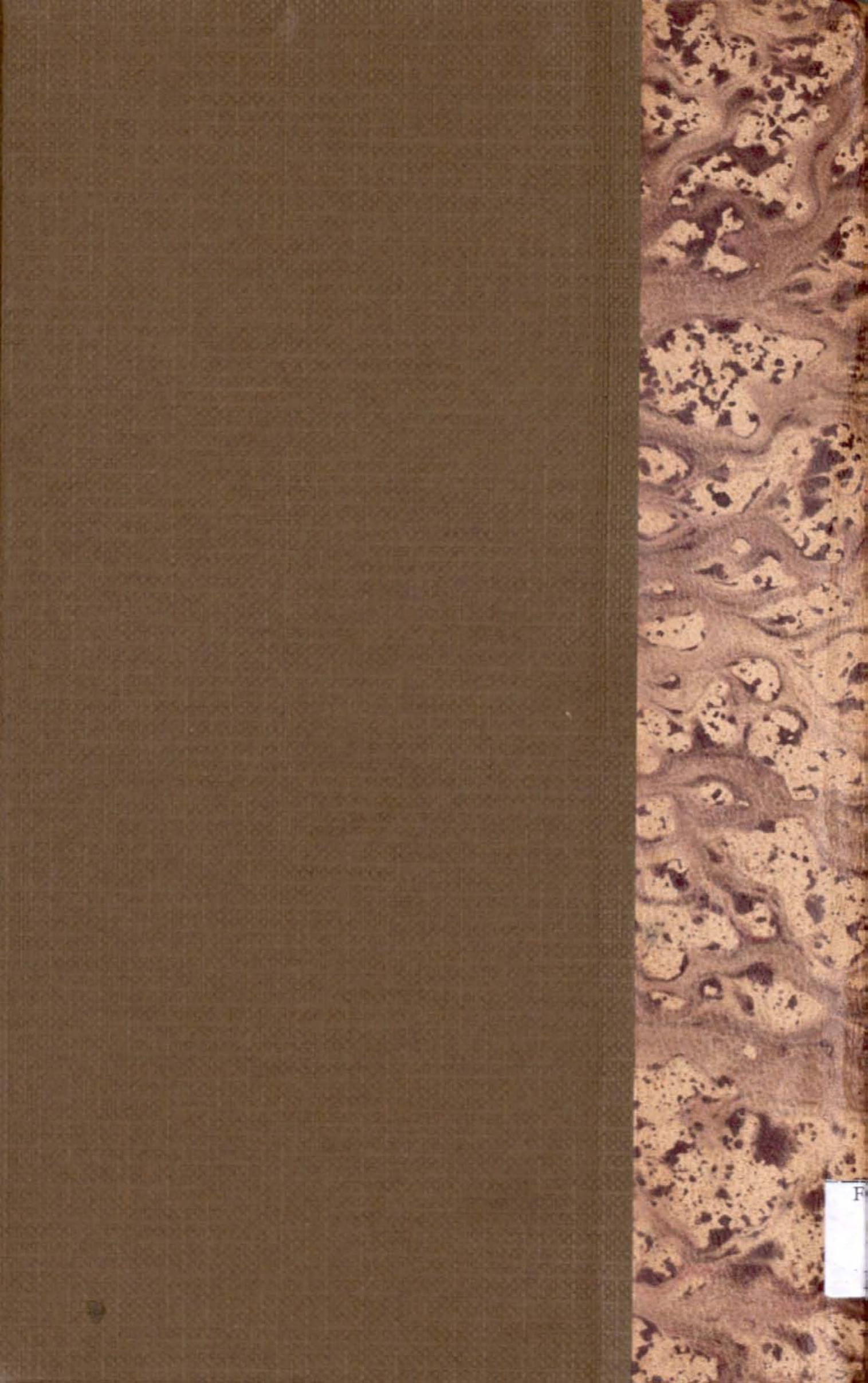
HARTZEN
BUSCH

FABULAS

FONDO ANTIGUO

A-2077

ab. Regional









FÁBULAS

PUESTAS EN VERSO CASTELLANO

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SEÑALADAS POR EL GOBIERNO PARA TEXTO EN LAS
ESCUELAS DE PRIMERAS LETRAS.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1857.

A-2077

R
120075

FÁBULAS

IMPRESION DE ALONSO GULLON

1891

D. JUAN EUGENIO MARTINEZ

Estas fábulas son propiedad de D. Alonso Gullon, quien perseguirá ante la ley al que las reimprima de cualquier manera que sea.

MADRID

IMPRESION DE ALONSO GULLON

1891

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO



POR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



MADRID.

IMPRESA DE LA SOCIEDAD DE OPERARIOS.

Calle del Factor, número 9.

1848.

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO


De estas FÁBULAS, aumentadas con otras hasta el número de CIENTO, se ha formado distinta coleccion en un tomo elegantemente impreso en papel fino, con el objeto de que sirva á los profesores de instruccion primaria para dar premios ó aguinaldos á sus discípulos.



MADRID

AGENCIA DE LA SOCIEDAD DE EDITORES

Calle de Toledo, 10



FÁBULA PRIMERA,

QUE SIRVE DE

INTRODUCCION.

EL TREINTA DE ABRIL.

De la furia del mar á duras penas
un viajero nadando se salvaba,
sumergida la nave que fletaba.
Calado el infeliz como una sopa,
sin aliento y sin ropa,
zozobroso pisaba las arenas
del suelo salvador, suelo que el hombre
ignoraba en verdad completamente
si era ó no continente,
y por supuesto su extension y nombre.
Del nombre no hay noticia:
isla se sabe que era:

nuestro viajante se embarcó en Galicia,
y el perdido bajel era un transporte
que salió para América del Norte.

De aquí el lector infiera
la situación exacta y verdadera

de la isla consabida,
la cual por lo distante y reducida,

ó por otra razón, se les escapa
siempre á los constructores

de los atlas geográficos mejores,
y nunca la colocan en el mapa.

—¿Qué especie de hospedaje
(se preguntaba el náufrago) me espera?

Por todo este paraje

no hay tierra cultivada.

Si estará inhabitada?

¿Si ocurrirá que por mi mal encuentre
con un pueblo salvaje,

que me ponga á tostar en una hoguera,
y me aloje á bocados en el vientre?

De este modo confuso discurría,
cruzando una espesura;

cuando, válgame Dios! ¡con qué alegría
vió un trillado sendero, donde había,

diversas en tamaño y en figura,
huellas de cuatro piés con herradura!

—Ya (exclamó) no hay cuidado:
estoy en un país civilizado:

solo en un pueblo culto se procura
que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda,
en un camino entró llano y derecho.

—No hay camino sin gente.—Dicho y hecho

Una gran polvareda

se alza en la extremidad del horizonte:

divísanse entre el polvo diferentes

caballeros con armas relucientes,

plumas, preseas y admirable pompa:

repite el eco del vecino monte

rudo son de timbales y de trompa,

y óyese luego aclamacion festiva

de *Viva el nuevo Rey! viva el Rey! viva!*

Los jinetes se apean,

de rodillas al náufrago rodean;

y ántes que diga nada,

ni acierte á disponer de su persona,

pónenle un manto real y una corona,

que á prevencion la comitiva trajo:

súbenle á una carroza engalanada;

y entre clamores mil, con gozo grande,

majestad por arriba y por abajo,

mucho tirar al aire los sombreros,

y dale que le das los timbaleros,

mándase al nuevo príncipe que mande

á su cochero que ande,

y haciendo los caballos una curva,

por donde vino tórñase la turba,
gritando sin cesar: ¡Viva Facundo
milésimo octogésimo segundo!

—Vamos (dijo el monarca improvisado),
sin duda en esta tierra, que es ya mia,
Facundo se le pone,

llámese Andres ó Juan, Luis ó Conrado,
á todo hombre de bien que se corone.

Bien antigua será la monarquía
donde, si llevan sin error la cuenta,
los reyes pasan ya de mil y ochenta.

—No le parezca extraño
á vuestra digna majestad (repuso
un paje tieso, cual si fuera un huso);

pues sin que valga aquí poder ni amaño,
nuestros reyes gobiernan solo un año.

Hoy, último de Abril, la Providencia
cada año nos envia

un jóven para rey: desde tal dia,
trescientos, reinará, sesenta y cinco,
sobre vasallos, cuyo solo ahinco
darle gusto será con su obediencia.

Mas aun estando con el rey contentos,
corridos los trescientos

sesenta y cinco dias (ordinario
número que tener el año debe,

no trayendo Febrero veinte y nueve),
su majestad, allá de mañanita,

que quiera ó no, recibe
la incómoda visita
de catorce alguaciles y un notario,
cara de enterrador, que le apercibe
diciéndole cortés, pero algo recio:

Llegó San Indalecio;
treinta de Abril es hoy, y el calendario
de este dominio reza
que mude la corona de cabeza.

Dejarla es necesario.

Ya vuestra majestad es rey cumplido:
vuestra merced se dé por despedido.

¿ Ve (siguió el informante),
ve vuestra majestad allí adelante
sobre una yegua inquieta
un zángano que toca la trompeta?

Pues es un extranjero,
que ha sido rey aquí, y es trompetero
—Trompetero! Gran Dios! (gritó el monarca.)

¿ No supo ese infeliz llenar el arca
para pasarlo bien, rey jubilado?

—No era por cierto su codicia parca;
pero en este pais, que separado
está del mundo entero,
da la casualidad que no hay dinero.

—Bienes habrá y alhajas;
y para echarles mano,
prometo no dormirme entre las pajas:

raya en barbarie ya , que un soberano,
luego que cese , reducido se halle
á tocar la trompeta por la calle.

—Las alhajas , señor , y las haciendas,
lo que rinden y artículos iguales,
no son aquí del rey ; son encomiendas
y bienes vinculados nacionales.

Durante el año , puede
con ellos darse el rey soberbio trato ;
pero á treinta de Abril, fuerza es le quede
todo á su sucesor mas inmediato.

Solamente sacar se le tolera
dos camisas ó tres, una montera
y un traje de sotana muy sencillo,
traje de sacristan ó monaguillo.

—Jesus ! qué sociedad tan chapucera!

(interrumpió Facundo) : ¡ lindo pago
para el que reine bien! ¡famosa ganga,
entrar de rey para salir monago!

Bah! reinecillo al fin de morondanga.

Por último , sepamos lo importante:
pasado el treinta del Abril temido,
cómo suele vivir un rey cesante?

—Vive de la carrera que ha emprendido
para poderse manejar mañana:
bien, si le da de sí; mal, si no gana.

Sugetos hay de los que fueron reyes,
que interpretando leyes,

viven con esplendor: quién es banquero,
quién sastre, quién obispo, quién herrero;
vende azúcar el uno; el otro pinta;
y movido por índole distinta,
no falta quien abrace
la descansada profesion de vago,
profesion de funesto desenlace,
que seguida del hambre y el zurriago,
da por constante suerte
vida infeliz y desastrada muerte;
pues ni en la clase ilustre ni en la baja,
ninguno come aquí si no trabaja.—
Cesó el paje de hablar, y el Rey contesta:
Eso no me disgusta:
vivir de mi trabajo no me asusta.
Sepa el amigo paje
que por juego una vez tejí una cesta:
con un año cabal de aprendizaje,
cualquiera adquiriria
destreza regular en cestería.
Desde hoy constantemente
seis horas al oficio me consagro,
hasta que labre un cesto, que en su clase
por un esfuerzo pase
del arte cesteril, por un milagro.—
Su majestad salió tan excelente
compositor de mimbre gordo y fino,
que en el concurso de la industria, vino

á conseguir el respectivo premio,
siendo solemnemente declarado
primoroso oficial, honor del gremio.
Al fin de su reinado,
quedándole por única prebenda
su rara habilidad, abrió su tienda,
que nunca se veía
de concurrentes útiles vacía.
Trabajador, y gastador juicioso,
riquezas adquirió, se hizo famoso,
y sucesivamente fué nombrado
alcalde, diputado,
inspector del marítimo registro,
cuatro veces virey y al fin ministro:
todo por ser sugeto
que observaba su ley con fe y respeto,
ser íntegro y veraz, de buena pasta,
y único para armar una canasta:
de modo que á porfia
cada insular, al verle, prorrumpia:
No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
mejor conciudadano ni cestero,
que el sucesor insigne de Facundo
milésimo octogésimo primero.

LECTORES Y LECTORAS

JÓVENES, que en estudio provechoso
vais á ocupar las fugitivas horas,

mirad en ese náufrago dichoso,
cuya vida tracé con desaliño,
la historia general de todo niño.

Nace: padres, abuelos y parientes
le reciben con júbilo y cariño;
le miman con frecuencia,
sobrado complacientes;

y en fuerza de los lloros exigentes
con que por todo á todos importuna,
reina con absoluta omnipotencia
desde el movible trono de la cuna.

Pero el tiempo voraz, el que sin duelo
traga vidas y mármoles y bronces,
pronto deja al muchacho sin abuelo,
y sin padre tal vez y sin herencia,
y es forzoso por sí vivir entónces.

A peligros tan ciertos y fatales,
otro remedio no hay que la enseñanza,
que aprovecha en la edad plácida y verde
las ventajosas prendas naturales,
ilustra corazon y entendimiento,
y un tesoro nos da que no se pierde.

Forma, QUERIDOS JÓVENES, la vida
serie no interrumpida
de gusto y de tormento,
de hórridas tempestades y bonanza;
pero, aunque en medio de vaivenes tales,
fiero tropel de males

amenace violento
doblegar vuestras débiles cervices,
con virtud y talento
no teneis que temer, sereis felices.

FÁBULA II.

LA JOYA MILAGROSA.

Hay, según los navegantes,
allá léjos un país,
cuyos pobres habitantes
andan á todos instantes
con sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracan
hace en la cosecha riza,
ya sepultura le dan
las piedras, lava y ceniza
de un repentino volcan.

Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,
recelando cada dia
terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños,
entrega el comun Señor
allí á cada morador,
ya desde sus tiernos años,
una joya de valor.

Y tales prodigios obra
la joya á los niños dada,
que con ella todo sobra,
y sin ella no se cobra,
de lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
se echa tanto el alma atras,
que es la cosa mas frecuente
perder la joya excelente,
y no recobrarla mas.

Causará sin duda espanto
su locura; pero qué !

Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
con la joya de la fe?

Y sus luces, en verdad,
son las que nos guian solas
á puerto de claridad
en la noche y en las olas
de la ruda adversidad.

FÁBULA III.

LA ROSA Y LA ZARZA.

Murmuraba impaciente
una Rosa naciente
del cautiverio duro que sufría,
porque una Zarza espesa la tenía
con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo (sin cesar decía),
yo no disfruto aquí ni sé de nada:
sin un rayo de sol, tasado el aire,
desperdicio, de todos ignorada,
y entre espinas incómodas reclusa,
mi fragancia, colores y donaire.
La Zarza respondió: Joven ilusa,
tu prevision escasa,
del bien que te hago, sin razon me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vives
del sol canicular que nos abrasa;
el golpe no recibes
del granizo cruel que nos deshoja;
y ese muro de espinas que te enoja,
defiende tu hermosura

de que una mano rústica la coja. —

La flor entónce, de despecho roja,

¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,

que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!

No fué la maldicion echada en vano.

A los pocos momentos un villano

llega con la cortante podadera :

la despiadada mano

descarga en el zarzal; hierre , destroza,

y tan completamente me le roza,

que ni un retoño le dejó siquiera.

Poco de la catástrofe se duele,

persuadida la Rosa de que gana,

quedándose sin aya que la cele.

Descanse en paz la rígida guardiana.

Qué feliz su discípula es ahora!

Bañada en el relente de la aurora,

descoge con orgullo

su tierno y odorífero capullo:

princesa de las flores

la proclaman los pájaros cantores.

Pero el viento la empolva y la molesta,

sol picante la tuesta,

la ensucia el caracol impertinente

con pegajosa baba,

y apénas se la enjuga,

cuando voraz la oruga

su venenoso diente

una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
y una ráfaga recia de solano
desparramó sus hojas por el llano.

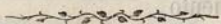
Es el recogimiento
condicion de las jóvenes precisa:
falta en la mocedad conocimiento
del suelo que se pisa.

La niña que imprudente,
sola y sin guía recorrer intente
la senda de la vida peligrosa,
tema la suerte de la indócil Rosa.



FÁBULA IV.

LOS PREMIOS DE LA EMPERATRIZ.



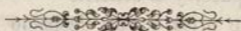
La emperatriz Sofía
cuatro veces al año repartía
en pública sesión dos medallones,
cada cual de valor de cien doblones,
premio del colegial y colegiala,
que eran en los exámenes juzgados
en grado superior aventajados.
Vestiditos de gala,
y de curiosa multitud cercados,
entraban juntos en la rica sala,
donde, al son de trompetas y atabales,
á veces con la joya recibían
otros diversos dones
de las pródigas manos imperiales;
al paso que en algunas ocasiones
corridos niño y niña se veían
al recibir, delante
de aquel numerosísimo concurso,
dádiva tan chocante,
que la plebe y la corte, sin recurso

burlábanse con dura pertinacia
de los dos angelitos : verbi gracia.
Benito y Valentina,
chicos de doce abriles,
él docto en la gramática latina,
y hábil ella en labores femeniles,
fueron los dos electos
por la junta de escuelas competente
como pareja igual , sobresaliente,
como alumnos perfectos
de latin y costura. Lindamente.
Pero es el caso que en palacio habia
un pajarito azul, que los defectos
de los niños de escuela descubria;
y el pájaro maldito
contó á la Emperatriz... —Qué picardía!
Yo , vamos , el pescuezo le torciera.—
Contó de Valentina y de Benito
la corta friolera
de que él era un lloron, y ella una fiera.
Ya llegó el dia de funcion prescrito.
La señorita, pues, y el señorito
prepáranse de prisa y van despacio
(porque mejor los miren) á palacio.
Su Majestad al cuello
les pone, al son del atabal sonoro,
los codiciados medallones de oro;
y despues (aquí es ello)

dice á Benito así : Cierta avecilla
que os atisba las faltas y las pilla,
te acusa de marica y apocado;
por lo cual, que te compren he mandado
ese cumplido chal y esa mantilla :
póntelos de contado.

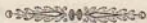
Y usted (dijo á la niña) que es persona
del sexo débil y de clase fina ;
pero que audaz y discola y gritona ,
en vez de *Valentina* ,
merece se la llame *Valentona* ,
sepa que por sus rústicas hombradas,
le va á plantar aquí mi camarera
un par de charreteras encarnadas
y una gorra de pelo granadera.

Pues ó renuncian á su ser y nombre,
ó han de tener por cualidad primera
dulzura la mujer, valor el hombre.



FÁBULA V.

LA VERDAD SOSPECHOSA.



Llevaban á enterrar dos granaderos al soldado andaluz Fermin Trigueros, embrollon sin igual, que de un balazo cayó sin menear ni pié ni brazo.

—Hola, sepultureros!

(les dijo un oficial), murió ese tuno?

—Murió (contexta, de los dos, el uno).

Aquí Trigueros en su acuerdo torna, y oyendo la espresion, dice con sorna:

Lo que es por la presente, me figuro que vivo, mi teniente.—

A lo cual replicó su camarada:

No dé usted á Fermin crédito en nada.

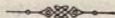
Siempre embustero fué: su fin es cierto;

pero aun miente el bribon despues de muerto.

Quien falte á la verdad, con eso cuente:
dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

FÁBULA VI.

PEDRO ENREDA.



De aquel célebre *Juan*, por mote *Lanas*,
hijo fué *Pedro*, por apodo *Enreda*,
buscador impertérito de nidos
en tiempo de la veda,
verdugo de lagartos y de ranas,
y apedreador insigne de ventanas.
Estudiaba latin... Miento: asistia
quince dias al mes, y no seguidos,
á la clase del dómine García;
pero eso de estudiar... qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
á ciertas criaturas
el placer sin igual de hacer diabluras,
que es trabajar en vano
enseñarles latin ni castellano.
Al salir, pues, el estudiante maula
un Miércoles del aula,
le fué Juan á esperar: llegó temprano,
y estando enfermo por allí un vecino,
pasóse Juan á verle de camino.

Perico Enreda en tanto
se anticipó á salir.—A jugar, ea.
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
mas que venga provisto de antiparras
por la calle y me vea
ese domine abanto,
gruñidor y estafermo.

Yo sabré libertarme de sus garras.—
Dice: y agarra un canto,
mira con precaucion á la redonda,
ve una ventana abierta,
(era la de la alcoba del enfermo),
lanza por ella el proyectil con honda,
y al inocente Juan á darle acierta
en lo alto de la calva descubierta,
causándole del golpe tal herida,
que por gracia de Dios quedó con vida.

Malas inclinaciones de muchachos,
que el rigor á su tiempo no endereza,
darán el fruto de partir en cachos
al indolente padre la cabeza.



FÁBULA VII.

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
en el corral de un clérigo crecía.
Un vecino, de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan lozano:
él ni manzano ni corral tenía.

Y ya que de otro modo
no supo desfogar su encono fiero,
arrojaba al frutal desde un granero
el desperdicio de su casa todo,
haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje;
mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
la tierra con la broza se abonaba,
y el resultado fué del ruin ultraje
que mas fruto y mejor el árbol daba.

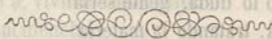
Mas útil que nociva
es la gente mordaz que tanto abunda,
pues hace con su rabia furibunda
que el íntegro varon mas cauto viva,
y mas pronto á sus émulos confunda.

FÁBULA VIII.

LA ROSA AMARILLA.

Amarilla volvióse
la Rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.

Temán las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.



FÁBULA IX.

LOS CASCABELES DE ORO.

Blanca, rubia, lindísima, salada,
risueña, bien hablada
y en mil habilidades eminente
para su corta edad, tal era Rosa;
mas ay! enteramente
sus raras prendas olvidar hacia
una falta notable que tenia.
Rosita, la discreta, la donosa,
dió en la maña fatal de ser curiosa.
En acechar pasaba todo el dia:
todito, mal ó bien, lo averiguaba,
y en seguida á parientes y lejanos
todo con adiciones lo contaba:
curiosidad y chisme son hermanos.
Y si alguno lo duda, gente sería
le enseñará, tratando la materia
con grande copia de razones altas,
que rarísima vez existe sola
una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
de muchos y doctísimos varones,

son como en el reptil cabeza y cola:
son dos partes de un cuerpo, dos acciones
unidas con recíproco ejercicio:
dos formas de pecar que tiene un vicio.
—Basta de digresion, que va larguita.
Sigamos con la historia de Rosita.—
Era bien infeliz: á cada paso
llenaban á su madre las orejas
de avisos y de quejas
diferentes personas
dignas de hacer de su dictámen caso;
y Rosa castigada,
sin tregua ni descanso padecia
dolorosos ayunos y encerronas,
y siempre se veia
de toda suerte de placer privada,
raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su mamá, se dijo:
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya mas de penitencia.—
Tomó la diligencia,
y marchóse á vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
vino allí de la Corte
el médico ordinario de la casa.
Encerróse con él Doña Tomasa,
y atando por adentro el picaporte,
por no tener la cerradura llave,

fingieron ventilar negocio grave. Rosita, con aquellos aparatos, ya se supone que se puso alerta: quitóse los zapatos, y alzados los talones, pasito á paso fué como un pilluelo, y atisbó por debajo de la puerta. Echada la curiosa por el suelo, besando los ladrillos, oyó decir á su mamá: Razones, indulgencia, rigor, todo se aplica; pero nada me vale con la chica. Hay otros defectillos que se pueden sufrir; pero este, creo que si no es el mas feo, es el que excita mas la antipatía: nadie quiere vivir con un espía. —Vamos, señora, vamos (contextaba el doctor), compadezcamos á tales infelices, pues nace el ser curioso de un órgano facial defectuoso. —Calle! Qué órgano es ese?—Las narices. Persona con nariz de poco peso tiene que ser curiosa con exceso. La curacion del mal está en la mano. Es un sugeto de nariz liviano? Bueno: inmediatamente

se le hace un añadido suficiente de cualquiera metal, y agur, amigo: en ménos que lo digo, la persona mas terca, la mas zafia, se olvida de espionaje y chismografía.

—Está seguro usted?—Y tan seguro que mas no puede ser: la señorita corre ya por mi cuenta. Pobrecita! Usted la castigaba; yo la curo...

Y sacará una moda muy bonita, que á costa de un pequeño sacrificio les hará mucho bien á varias gentes.

—Y cuál es esa moda, Don Patricio?

—La de llevar en la nariz pendientes.

Voy á Madrid: me labrará un platero dos arillitos de oro con esmero, y haré que les agregue por colgantes un par de cascabeles elegantes, cuidando que les ponga la bolita del peso que la niña necesita.

Romper en la nariz los agujeros es obra de poquísimos instantes: durante los primeros duele, pero poquito, casi nada.

Es mortificacion por conveniencia; y Rosa, como niña bien criada, recibirá la aguja con paciencia.

En estando aviada

con sus bonitos cascabeles de oro, le juro á usted por Avicena el moro que no ha de haber por la muchacha riña.

—Corriente : cascabeles á la niña.—

Rosita sin estruendo, pero con miedo atroz, se fué corriendo.

—Es verdad (exclamó), verdad y mucha, que siempre oye su daño quien escucha.

Vaya que los doctores son crueles!

¡A mí querer abrirme

á hierro la nariz! Yo cascabeles!

Las pinchaduras dolerán de firme;

y luego, para alivio de trabajos,

¿qué papel haré yo con dos colgajos

que nadie gastará? ¿Quién se acomoda

con tan extraña, tan horrible moda?

Qué moda? Si eso iguala

á un letrero que diga: *Yo soy mala.*

Y si voy á Madrid... Virgen del Cármen!

Conmoverá la poblacion entera

el alboroto que armen

los cascabeles de Rosita Vera.

Por no estrenar el afrentoso dije,

pesado á la nariz, molesto al labio,

me corrijo.—En efecto, se corrige,

y tan completamente,

que al regresar el naricista sabio

trayendo el salutífero presente,


le dijo la mamá, de gozo llena :
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita, no sé cómo,
era de pluma, y se volvió de plomo.
Ya no atisba jamas ni picotea,
y está, gracias á Dios, desconocida.
Por eso convendrá que suspendamos
la operacion aquella consabida ;
pero si hay recaida,
y otra vez repitiere sus deslices,
entónces le plantamos
cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles, cencerros, esquilones
de buque bien capaz y brocal ancho,
llevar á la garganta deberia
la turba de curiosos embrollones,
traperos de perdidas expresiones,
que lo revuelven todo con su gancho.
Con el ruido el soplon se anunciaria ;
y al llegar á un corrillo, álguien diria :
Quédese aquí la plática pendiente,
porque el buen perillan que nos acecha,
lo parla todo, y al contarlo, miente.
Oye lo que le llega buenamente,
y añade lo demas de su cosecha.

Ninguno le escuchaba.


FABULA X.

TIMANTES.



Pintaba el celebérrimo Timántes
un Júpiter con ojos fulgurantes,
rayo en la diestra y en la izquierda rayo;
y al severo pintor díjole un payo :
Si en ambas manos el rigor le pones,
con cuál vierte ese Dios premios y dones ?

Es en la Omnipotencia
igual á la justicia la clemencia.



FÁBULA XI.

EL RETRATO DE JUPITER.

Haciendo por Tetuan una jornada,
ocurrióle á Mercurio la humorada
de conducir un Mono á ver el cielo.

Cogióle, pues, al vuelo,
túvole allá una buena temporada,
y cuando al fin se le pasó el capricho,
puso otra vez en el nativo suelo
al venturoso trasplantado bicho.

En tropel aeudieron sus iguales
á pedir al viajero
noticia de las cosas celestiales.

—Que nos retrate á Júpiter (decian),
que á Júpiter describa, lo primero.—

Tose el Mono y empieza
la majestad pintando y la grandeza
de la suma deidad... No le entendian.
Habla despues con religioso fuego
del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.

—Todo eso que nos dices
(interrumpió un Tití), vendrá bien luego;
pero los circunstantes
quisieran mas que refirieras ántes
si tiene el dios azules las narices,
si es peludo, si es flaco,
si es de origen papion, ó si es macaco;
si de patas con garbo se enarbola,
y hasta dónde se alcanza con la cola.

—Calla y no escandalices
(prorumpió el orador): habrá perverso!
Cola pone al Señor del Universo!
El Júpiter que ví de rayo armado,
el poderoso númen que sentado
ví del Olimpo en el sublime trono,
en nada, en nada se parece al mono.
Ningun Dios, grande ó chico,
tiene un pelo de mono ni de mico.

Pero quien mas no alcanza,
lo hace todo á su pobre semejanza.



FÁBULA XII.

BLASITO.

Estaba el niño Gil postrado en cama de una fiebre tenaz y peligrosa, y el médico mandó que el tierno brazo tendiese á la lanceta salvadora. No era Gil de los tímidos chicuelos, que si de sangre pierden una gota, se ponen á temblar; brioso y dócil, se conformó con la sentencia docta. A presenciar la interesante escena, solícitos acuden á la alcoba los padres, la criada, y el primero Blas, hermano de Gil, que en él adora. Átale á Gil el sangrador la venda, báñale el brazo en agua, se le frota, y la vena infantil hinchada al cabo, el hombre el pincho con los dedos toma. Callado Blas y atónito observaba la rara operacion preparatoria, sin saber qué pensar; mas en el punto que la lanceta vió... Virgen de Atocha!

Qué lágrimas! qué gritos! —Yo no quiero
(clamaba sin cesar aquella boca),
yo no quiero que pinchen á mi hermano.

Váyase usted de aquí, mata—personas!

—Cuánto me quiere Blas,! dijo el paciente,

—Es muy buen corazon, dijo llorosa
de placer la mamá: lo mismo el padre
sintió, y el cirujano y la fregona.

Retiraron á Blas, pues de otro modo
su fraternal dolor allí le aboga.

Corrió la sangre del querido enfermo,
y se alivió y curóse por la posta.

El júbilo de Blas ya se supone.

Como su afecto á Gil era una cosa
fuera de lo comun, su madre en pago
dióle unos mazapanes de Vitoria.

—A la parte me llamo, Gil le dijo.

—Guardarlos quiero, contextó con sorna
el cariñoso Blas. Para guardarlos,
se los comió en seguida el zampatortas.

—Bravo! (exclamaba Gil) Señor goloso,

Usted que tanto por su hermano llora,
¡un miserable mazapan le niega,
y sin reparo los engulle á solas!

Pues el tener buen alma no consiste
solo en gimotear; consiste en obras.

Blasito relamiéndose, repuso:


Una cosa es llorar, y dar es otra.

FÁBULA XIII.

LAS ESPIGAS.

La espiga rica en fruto
se inclina á tierra;
la que no tiene grano,
se empina tiesa.

Es en su porte
modesto el hombre sabio,
y altivo el zote.



FÁBULA XIV.

LA PEONZA Y LA PERINOLA.

La rebelde, la rústica Peonza
dijo á la Perinola con enfado
allá en su jerigonza:
Suerte bien desigual nos ha tocado.
A tí con mucho mimo,
cuando te hacen andar, te dan impulso,
entre los dedos revolviendo tu eje:
no se me trata á mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
al compas de la bárbara correa,
con que un muchacho hereje
me arrima cada golpe que me brea;
y cuanto mas el movimiento animo,
con mas ciego furor me zarandea.
— Querida (respondió la Perinola),
en tí consiste sola
el trato que te dan: tú lo evitaras,
á ser juguete, como yo, ligero;
mas ¿qué han de hacer contigo,
si en apartando el látigo te paras?
Yo sin embargo consolarte espero.

Nuestro papá el tornero
puede, si se lo digo
y quieres animosa decidirte,
quitarte la madera que te sobra,
y en ágil porinola convertirte.
¡Friolera es la obra!

(exclamó la Peonza sofocada.)

Prefiero que el zurriago me atormente,
á sufrir que la gubia me hinque el diente.

¡No sabes ni empezar el catecismo,
y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de tí mismo:
para buen colegial no hay penitencia.



FÁBULA XV.

EL LATIGO.

La Madre de un Muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el Muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porcion de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la villana idea
de zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intencion, por lo visto, mucho ménos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la Madre de notar la sisa,
y registrando con afán prolijo
el arca donde el Hijo
guardaba con su ropa sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda,
y al Muchacho le dió tan recia tunda,
que á contar de las piernas al cogote,

no le dejó lugar libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto á bajo:
Mira como te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.



FÁBULA XVI.

LA SARDINA Y LA OSTRA.

Dirigida á la amable niña Doña Rosita Andrlani y Palacios

A la Ostra le dijo la Sardina:
Qué se hace usted, vecina?
Por mas que nado yo, por mas que miro,
solo en este rincon alcanzo á verla.
En qué se ocupa usted en su retiro?
—En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida ROSA.
Dichosa tú! ¡Dichosa
la niña á quien instruya
madre tan ejemplar como la tuya!



FÁBULA XVII.

EL NIÑO MONO.

A Curro el figurero,
grande remedador y gran gestero,
llevó su padre á ver con otros chicos
una porcion de monos y de micos,
que, prévia la licencia del alcalde,
un Charlatan al público enseñaba,
ya se deja pensar que no de balde.
Cualquier extravagante monería
que uno de los cuadrúpedos hacia,
Currito la imitaba;
pero cómo! tan bien, que sin empacho
con los bichos podia
competir y vencerlos el muchacho.
Verle saltar allí, verle rascarse,
quebrantar una nuez, una avellana,
y al encontrarla vana
escupir y enfadarse,
fué ver, no una persona,
sino la mas estrafalaria mona.

—Usted con su cuadrilla
(le dijo en esto al Charlatan el Padre)
por fuerza gana patacones buenos,
por que en verdad, compadre,
para animales, de razon ajenos,
el instinto que tienen, maravilla:
el habla solo se les echa ménos.

—Ahí, señor Don Roque
(respondió el Charlatan), ahí es el toque.

Seis años hace que ando
á realitos ahuchando
cantidad que resulte razonable
para poder comprar un mono que hable.
Ya, gracias al Señor, junté el dinero;
mas no hallo mono como yo le quiero.

Aquí mi Charlatan vuelve la cara,
y en las diabluras de Pachin repara.

—Jesus! (exclama con asombro chusco.)
Esto es lo que yo busco.

Un mono verdadero,
pero blanco, pelon, buena figura,
diestro para llevar nuestro vestido,
y que hable por cualquiera coyuntura.

Ya dí con él por fin; ya ha parecido
el animal famoso

que yo busqué afanoso
por todo el mundo, caminando á pata.

Si me le vende usted, me hago de plata.

Erraba el Charlatan: sobrado abunda
la raza de monillos con calzones,
que divierte de valde los salones
con esa habilidad, que Dios confunda.



FABULA XVIII.

EL ESPEJO Y EL AGUA.

Disputaron el Agua y el Espejo,
y fué la riña del tenor siguiente.

—EL: Yo, de genio duro, lo reflejo
todo sin aprension exactamente.

—ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,
todo lo pinto á medias y jugando.

—El defecto menor, el mas pequeño
tizne que manche un rostro, yo lo enseño.

—La mancha enseñarás; pero, amiguito,
hago yo mas que tú, pues yo la quito.

Enoja la desnuda reprimenda;
dulce amonestacion produce enmienda.



FÁBULA XIX.

LA TOHALLA.

Ay! (exclamó Isabel) ay qué tohalla!
Cuando me enjugo el rostro, me le ralla.
Su Aya le dice: Si la broza quita,
perdona el refregon, Isabelita.



FÁBULA XX.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños que de seis á once
tarde y noche alegremente
jugais en torno á la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente,

Suspended vuestras carreras,
pues hace calor; y oid
una historia muy de veras,
y de las mas lastimeras
que se cuentan por Madrid.

Ese caballo años há
estaba, como quizá
sabreis sin que yo lo indique,
dentro del Retiro, allá
frente á la casa *del Dique*. (1)

(1) Así se llama ó se llamaba, la que está á orilla del estanque mayor del Retiro.

Allí da el jardín frescura
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador.

Allí al caballo volaban
con fácil y presto arranque
mil pájaros que llegaban
á beber en el estanque,
cuyas ondas le cercaban.

Allí con reserva poca
le iba registrando entero
la turba intrépida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion,
que por la parte de afuera
da fácil introduccion
á un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrion.

Por adentro, sin percance,
todo el cuello de un avance
mete el pájaro: despues,
como no hay donde afiance
ni las alas ni los piés,

Ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sinó estorbo;
y empujando con despecho,

se hiere garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
vuela, anda, se atonta y rueda
por la cárcel de metal.

Donde triste prisionero,
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.

Mil avecillas, buscando
sombra densa en el estío,
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, ya nevando,
traspasábalas el frío,

Embocáronse en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
Renunciad á la esperanza,
pájaros que entraís en mí.

Con el tiempo se mudó
del jardin en que habitó
á la Plaza donde está,
y entónces se le quitó
el cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos

del cuadrúpedo cruel
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad
las condujo á muerte cruda.

—Ay! ¡cuántos en nuestra edad
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad!

Abismo donde pedir
favor al mortal discurso
no basta para salir:
él nos deja sin recurso
desesperar y morir.



(1) Verso de Lope de Vega.



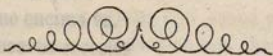
FÁBULA XXI,

EL SANTERO.

A cierta romería,
sobre una dócil mula caballero,
iba en Andalucía
un pícaro Santero,
que de cada espolazo
al animal sacábale un pedazo,
y miéntras, cariñoso le decia:
Corra, que su cachaza me atribula,
corra por caridad, hermana mula. (1)

Faz de paloma, corazon de arpía,
palabras de ángel y obras de demonio:
tal es, sin levantarle testimonio,
la pérfida, la vil hipocresía.

(1) Verso de Lope de Vega.



FÁBULA XXII.

LOS TRES QUEJOSOS.

Qué mal (gritó la Mona)
que estoy sin rabo!

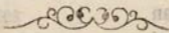
Qué mal estoy sin astas!
repuso el Asno.

Y dijo el Topo:

Mas debo yo quejarme,
que estoy sin ojos.

No reniegues, Camilo,
de tu fortuna;
que otros podrán dolerse
mas de la suya.

Si se repara,
nadie en el mundo tiene
dicha colmada:



FÁBULA XXIII.

LA LLUVIA DE VERANO.



Muy de madrugada
sale de su aldea
Lúcas para un viaje
de unas ocho leguas.
No hay en todas ocho
parador ni venta,
no háy por el camino
árboles siquiera.
Gran calor aguarda,
porque Julio empieza:
va por eso Lúcas
bien á la ligera.
De flexible paja
sombbrero lleva:
pantalon y chupa
son de primavera,
y alpargata leve
calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna.
Con lo cual y un palo

y un morral de jerga,
Lúcas diligente
del lugar se aleja.
Aun el sol no asoma,
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla.
Horas van pasando;
la humedad se aumenta:
ya menudas gotas
por el aire ruedan,
hasta que á torrentes
lanzan las esferas
lluvia que amenaza
inundar la tierra.
Cúal estaba Lúcas,
júzguelo cualquiera:
hízose una sopa
de piés á cabeza.
No era ciertamente
grande su paciencia:
enojóse, y loca
se soltó su lengua.
—Luego quieren (dijo)
que uno se someta
dócil á las leyes
de la Providencia.
Esta condenada

Nuestro caminante
porque ya le pesa.
la escopeta arrojó,
algo se detenga,
Y para que Lúcas
huya entre las nieblas,
y el malvado entonces
con audacia nueva,
Lúcas acomete
sin salir se queda.
mas por dicha el tiro
el Ladron con fuerza;
Del castillo tira
tiene una escopeta.
sin mirar que el otro
su garrote aprieta,
Lúcas imprudente
sale y se le acerca.
un ladron armado
cuando de unas peñas
Esto hablaba el necio,
puede que yo pierda —
y salud y vida
para la cosecha,
Mala es y romala
que bien acartara?
que motivo tiene,
luzes que no cesa.

lluvia que no cesa,
 ¿qué motivo tiene,
 qué bien acarrea?
 Mala es y remala
 para la cosecha,
 y salud y vida
 puede que yo pierda.—
 Esto hablaba el necio,
 cuando de unas peñas
 un ladron armado
 sale y se le acerca.
 Lúcas imprudente
 su garrote apresta,
 sin mirar que el otro
 tiene una escopeta.
 Del gatillo tira
 el Ladron con fuerza;
 mas por dicha el tiro
 sin salir se queda.
 Lúcas acomete
 con audacia nueva,
 y el malvado entónces
 huye entre las quiebras,
 y para que Lúcas
 algo se detenga,
 la escopeta arroja,
 porque ya le pesa.
 Nuestro caminante

Y un mortal de jerga
 Lúcas diligente
 del lugar se aleja.
 Aun el sol no asoma
 la mañana es fresca
 andas aparecen
 se levanta niebla.
 Horas van pasando;
 la humedad se aumenta;
 ya muchas gotas
 por el aire ruedan,
 hasta que á torrentes
 lanzan las esteras
 lluvia que amenaza
 inundar la tierra.
 Cúal estaba Lúcas,
 jurgueto chapuetero;
 hizo una sopa
 de piés á cabeza.
 No era ciertamente
 grande su paciencia;
 enojoso y loco
 se soltó en lengua.
 —Luego quieren (dijo)
 que uno se someta
 dócil á las leyes
 de la Providencia.
 Ésta condenda

discurrió al cogerla :

No estará cargada,
cuando así la suelta.

Mírala, y entónces,
cual fué su sorpresa!

Carga doble dentro
del cañon encuentra;

pero entrambas cargas
barro estaban hechas,

y lo mismo el cebo
de la cazoleta.

—Diantre! (dijo Lúcas
muerto de vergüenza),

locamente al cielo
dirigí mis quejas.

Pólvora excelente
la del Ladron era,

y ella se inflamara
si estuviese seca.

Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera :

si ellas me calaron,
me salvaron ellas.

¡Gloria á Dios que rige
la naturaleza!

No hay mal en el mundo
que por bien no venga.

FÁBULA XXIV.

LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA.

Señor maestro, (preguntó Raimundo) los polvos de la madre Celestina, que todo lo alcanzaban en el mundo, ¿se sabe ó se imagina de qué pudieran ser?—Cuatro ingredientes, (díjole el Preceptor) omnipotentes, entraban en la mágica mixtura: oro, saber, esfuerzo y hermosura. Hoy, lo que tantas maravillas obra es el oro no mas; el resto sobra.

Por gracia, no de Dios, reina el dinero, soberano señor del mundo entero.

Cloris a Dios; la naturaleza!



No hay mal en el mundo que por bien no venga.

FÁBULA XXV.

EL ARABE HAMBRIENTO.

Perdido en un desierto
un Arabe infeliz, ya medio muerto
de sed, hambre y fatiga,
se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
y dijo, de placer estremecido:
Ostras deben de ser. — Mas al verterlas,
Ay! (exclamó) son perlas.

En ciertas ocasiones
no le valen al rico sus millones.



FÁBULA XXVI.

EL DINERO.

Gastó su hacienda un rico
en dar limosna,
y Dios, en recompensa,
le dió la gloria.

Con el dinero
de este modo se puede
ganar el cielo.



FABULA XXVII.

LA FUENTE MANSA.

Mira esa fuente plácida, Florencio,
que fluye sin rumor, y baña el prado.
Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.



FABULA XXVIII.

EL OSO Y EL ELEFANTE.

Quejábase el Oso torpe
al Elefante sagaz
de cierta contradicción
que no acertaba á explicar.

— ¡Cuidado (exclamaba el pobre)
que raya en atrocidad
lo que los hombres exigen
de un infeliz animal!

A mí, que soy justamente
la misma formalidad,
¿no se empeñan los malditos
en obligarme á bailar?

Si saben que esas monadas
no son de mi natural,
¿por qué cuando ven que bailo,
me silban sin caridad?

Tambien (dijo el Elefante)
me enseñan á mí á danzar,
y á fe que tú no me ganas

á respetable y formal.
Y sin embargo, de mí
nadie se rie jamás;
ántes aplaudir he visto
á todos mi habilidad,
admirando que una bestia
tan pesada y colosal
sepa mover diestramente
los cuatro piés á compas.
Con que si en hacerte burla
la gente fisgona dá,
no debe ser porque bailas,
sinó porque bailas mal.



FABULA XXIX.

LA VISION Y EL LIBRO.

A cierto Pecador impenitente,
de los que tienen conocidamente
ya en la conciencia callo,
todas las noches al cantar el gallo,
una horrible Vision se aparecia.
De nada al visitado le servia
valerse de conjuros y oraciones:
tiesa que tiesa la Vision impía
dos horitas con él se divertia,
sus ojazos clavándole saltones:
Huy! el Señor nos libre de visiones.
Una noche de invierno
en que rabiaba el hombre de furioso
con aquel pasmarote sempiterno,
va y coge una novela,
fresquita produccion de autor famoso,
perteneciente á la infernal escuela
patrona del delito,
y pónese á leer á voz en grito.

Hervia el indecente novelucho
en pasos y personas discordantes.
Allí escenas de crápula y garito;
allí era ver sayones y danzantes,
hijas de emperador, disciplinantes
con máscara y hachon y capirucho,
brujas que revolaban sobre escobas,
sangre desperdiciada por arrobas
en duelos, en patíbulo y tortura,
canto de gori gori, sepultura,
y al terminar la deleitable historia,
infierno y limbo, purgatorio y gloria.
Al oír lo bestial de cierto chasco,
principió la Vision haciendo gestos.
Llegaron dos pasajes nada honestos,
y á la pobre Vision le dieron asco.
Bufando á cada instante,
sufrió la relacion una hora justa;
pero despues se le apuró el aguante,
y dando un revolcon, tomó el portante.
—Esta clase de libros no le gusta
(dijo con alborozo el visitado) :
pues bien, ya tengo el exorcismo hallado.—
A la otra noche, la Vision en casa.
El hombre, zas, comienza la lectura;
y la visita incómoda le dura
solo media hora escasa.
Lo que es á la tercera

no dejó la fastasma ni siquiera
dos hojas acabar: huyó diciendo:
No temas que mi vuelta se repita;
mas ya que te irritaba la visita,
sábetete que un suplicio mas tremendo
te ha de venir, bebiendo
la moral de tu hermosa novelita.

Escritos hay en cantidad no corta,
que ni el mismo demontre los soporta.



FÁBULA XXX

EL ABANICO.

Para ocultar el rostro
enrojecido,
á las niñas dió Vénus
el abanico.

Ciertas y ciertas
cubren con él la falta
de la vergüenza.



FABULA XXXI.

EL CUERVO Y LA ZORRA.

Rabiaba un carnicero
con el pícaro gato de un vecino;
y por matar al animal dañino,
separó una tajada de carnero,
y adobada con dósis algo fuerte
de un tósigo de muerte,
púsola en el tejado,
por donde á su capricho
entraba á merendar el susodicho.
Un Cuervo que lo vió, partió flechado,
pilló el macizo trozo,
y á un árbol escapó lleno de gozo.
Al tiempo que iba el Grajo
á trinchar el magnífico tasajo,
hete pues, que aparécese la Zorra,
con gana siempre de comer de gorra,
y exclama diestra con acento blando:
Ave de Jove! te saludo grata.—

El Cuervo preguntó á la mojigata :
A quién discurrees tú que estás hablando?

—A quién? (le respondió la zalamera),

al águila altanera,

que del lado de Júpiter clemente

baja diariamente,

y echa desde la copa de esa encina

el don que por sustento me destina.

¿A qué venir disimulando ahora,

cuando miro en tu garra triunfadora

la codiciada presa,

que á esta desamparada criatura

contigo el Dios envia de su mesa?

—La Zorra se figura

(para sí dijo el Cuervo complacido)

que soy águila yo: locura fuera

desengañarla y deshacer el trueco.

Soltó con bizarría majadera

el robo por la Zorra apetecido,

tendió las alas y se fué tan hueco.

El animal astuto

cogió contento el fruto

debido á sus indignas artimañas.

Cómelo con presteza :

convulsiones extrañas

luego á sentir empieza,

y abrásale el veneno las entrañas.

Ciertos bien conocidos perillanes,

que viven de adular á la simpleza
sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno
que tragan en salsa de faisanes
una dosis decente de veneno?



FÁBULA XXXII.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA.

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda,
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
líquidos un Muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza,
(dijo sin aprension el Forastero)
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
(le replicó el Hortera),
sabrás que lo que tienes en la mano,
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cria
(contextó el provincial enardecido),
alcuza siempre ha sido,

y alcuza la nombramos en el día.

—En tierra (dijo el otro) de garbanzos,
corre por aceitera solamente;
y quien le ponga nombre diferente,
ha nacido entre malvas y mastranzos. —

El Patan en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el Horterilla listo:
se incomodaron, y hubo
por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
cachetina siguió larga y furiosa:
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la sustancia
y reñir por el nombre.



FÁBULA XXXIII.

LA FORTUNA.

Hízose moda llamar
á la Fortuna cruel
y ciega y loca de atar:
ella mandó circular
por todo el orbe un papel.

«Quien tuviere (en él decia)
conmigo cuestion alguna,
preséntese en Almería
tal año, tal mes, tal dia.
Firmado: Yo la Fortuna.»

Voló todo pretendiente
por no llegar el segundo.
Cuánta cara diferente!
Hasta de Zafra hubo gente,
que es pueblo fuera del mundo.

Con terrible trapisonda
pasó el primer peloton
al local de la sesion.

Una gran mesa redonda

casi ocupaba el salon.

Cubre la mesa un brocado;
y en el centro, donde ya
ningun brazo llegará,
se halla esparcido y mezclado
cuanto la Fortuna da.

Bastones, mitras, dogales,
moneda en bolsas distintas,
plumas, azadas, puñales,
mantos, bulas, vendas, cintas,
en suma bienes y males.

La Fortuna, que es traviesa,
cuando vió el tropel entrar,
se entretuvo en colocar
por la orilla de la mesa
muchas cañas de pescar.

Y dijo con aire ufano:
Para que el linaje humano
cese de ponerse apodos,
van á tener en la mano
desde hoy su ventura todos.

En la mesa viendo estais
cuanto recibí del cielo:
con el brazo no llegais;
vamos á ver qué sacais
con hilo, cuerda y anzuelo.

Si algun infeliz se engaña,
y mal por bien se le enreda,

que se queje de su maña.

Señores, mano á la caña,
y á pescar lo que se pueda.—

¡Allí fué ver á la par
á fogosos y tranquilos
anzuelos al aire echar!

¡Allí enredarse los hilos,
y romperlos al tirar!

Tras una dote un machucho
fatigó la caña mucho;
pero con tan mala traza,
que le salió un cucurucho
de dulces de calabaza.

Por un anillo ducal,
que una Vénus de arrabal
ambicionó muy de veras,
enganchó un par de tijeras
y un hábito de sayal.

Un coplero sin donaire
por poco un laurel alcanza;
mas, burlando su esperanza,
le alzó una manta en el aire
como al pobre Sancho Panza.

Un jugador que á un bolsillo
el anzuelo encaminó,
hizo presa en el gatillo
de un cargado cachorrillo,
que al disparar le mató.

Pescaba el sordo muletas
y el volatin andadores,
y algunas niñas inquietas
pescaban en vez de flores
hilo hermoso de calcetas.

Y entre tanto un guardador
de la villa por la noche
(sereno diré mejor)
se halló con palacio y coche,
Serenísimo Señor.

Así entre ruidosos gritos,
de pena ó de gusto locos,
picaron allí toditos :
los contentos fueron pocos,
los quejosos infinitos.

Vió la Fortuna la gresca,
y en ella su desagravio,
y con lástima burlesca
dijo al fin: Que Diego el sabio
nos dé una leccion de pesca. —

Llaman al sabio Don Diego,
y entra conducido luego
de un perrillo ladrador :
—Calla! (exclaman) es un ciego!
Buen ojo de pescador!

Silban todos al pobrete ;
y él sin que nada le inquiete,
oye , tienta , hace su arroje ,

y en vez de una prenda , coge
con el anzuelo el tapete.

Bravo! claman por aquí.

Viva! chillan por allá.

Buena la leccion está!—

Don Diego entre tanto va
tirando el tapete á sí.

Con él vino, por supuesto,
cuanto en él estaba puesto
porque nadie lo pilló ,
y al pié del sabio modesto
desde la mesa rodó.

Coronas de soberano ,
dotes de bella mujer ,
bastones , oro , placer :
todo lo tiene en su mano ,
de todo puede escoger.

A un cetro tomó aficion ;
mas pesaba en demasía :
le dejó con un baston ,
que vió que se convertia
en látigo de sayon.

Encontró venalidad
en el sí de una belleza ,
en un laurel vanidad ,
cuidados en la riqueza ,
y odio en la celebridad.

Y en vez de gloria y poder ,

tomó el limitado haber
de una honrada medianía ,
que vivir le permitia
sin malgastar ni deber.

—El ciego os ha de enseñar
(dijo la Fortuna al dar
la señal para salir)
cómo podreis alcanzar ,
cómo debeis elegir.

Legítima herencia son
del ilustrado varon
los bienes que el mundo encierra ;
pero no hay dicha en la tierra
donde no hay moderacion.



FÁBULA XXXIV.

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

Cierto lapidario
perdió en un camino
un Diamante tosco
y un Cristal pulido.
A su camarada
el Diamante dijo:
Yo salir espero
pronto de este sitio.
Piedra soy al cabo
de valor crecido:
quien me encuentre, llena
de oro su bolsillo.
El Cristal picado
respondióle: Amigo,
mucho es lo que vales;
pero no te envidio.
Tú y un vil guijarro
pareceis lo mismo:
¿quién, pues, ha de verte

si te falta el brillo?

Unos pasajeros
acercarse miro:

vamos á ver de ambos
quién es preferido. —

El Cristal lanzaba
resplandores vivos, —
y esto á los viajantes
reparar les hizo.

Bájanse á cogerle,
le alzan con cariño,
y entre tanto pisan
al Diamante rico.

Y sin ser de nadie
desde entónces visto,
se quedó en el polvo
para siempre hundido.

Méritos ahora
húndense de fijo,
si les falta un poco
de charlatanismo.



FÁBULA XXXV.

EL ASNO FELIZ.

Llevaba por las calles un Jumento
varios tiestos en flor, y el grato aroma
que embalsamaba el viento,
al rededor juntaba del Pollino
cuantas narices de goloso olfato
hallaba en el camino.

Viendo que se le sigue, va y lo toma
por él el mentecato,
y exclama interiormente:

No hay duda que hay aquí muy buena gente,
y es conmigo finísima en sus modos.

Todos me obsequian, me acompañan todos.—

La estacion de las flores poco dura.

Sucede que otro dia

le cargan á mi Burro de basura;

y huyendo entónces el fatal encuentro,

se vuelve cada cual ó se desvia,

y en hallando un portal, se mete dentro.

Y el animal decia:

No se me puede honrar mas á las claras:
todos, para que marche sin tropiezo,
se apartan de mi lado veinte varas.

Así vive feliz un arrapiezo
de los que dicen *diferencia* y *buya*,
porque tiene la suerte
de que nada interpreta en contra suya,
y todo en su provecho lo convierte.

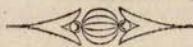


FÁBULA XXXVI.

ESOPO Y EL BORRICO.

Al buen Esopo díjole un Borrico:
Por quien soy te suplico,
si en algun cuentecillo me introduces,
que pongas, como debes, en mi labio
singular discrecion, lenguaje sabio.—
Esopo respondió: Yo bien podria
fingirte bestia de talento y luces;
pero al ver tan solemne desatino
todo el mundo á una voz nos llamaria,
el filósofo á tí, y á mí el pollino.



Es alabar á un necio
locura digna de comun desprecio.



FÁBULA XXXVII.

ESOP Y EL BORRICO.
EL CUADRO DEL BURRO.

Pintó el insigne Don Francisco Goya
con tan rara verdad y valentía
un Burro de la casa en que vivía,
que el cuadro borriçal era una joya.
Míster qué sé yo quién, inglés muy rico,
veinte mil reales por el lienzo daba;
Goya, que á la sazón necesitaba
un estudio bien hecho de borrico,
tenaz á enajenarlo se negaba.
Oyendo al fin un dia
el Asno vivo discutir el trato,
exclamó sollozando de alegría:
Mil duros da el inglés por mi retrato!
Por el original, qué no daría?



FÁBULA XXXVIII.

EL JUMENTO MURMURADOR.

Señor, es fuerza que la sangre corra,
(dijo al Leon solícita la Zorra.)

Sin cesar el estúpido Jumento
de tí murmura con furor violento.

—Bah! (respondió la generosa fiera),
déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino
para sentir injurias de pollino.



FÁBULA XXXIX.

EL PERAL.

A un Peral una piedra
tiró un Muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el arbol.

Las almas nobles,
por el mal que les hacen,
vuelven favores.



FÁBULA XL.

LA LUCIERNAGA Y EL SAPO.

En el silencio de la noche oscura
sale de la espesura
incauta la Luciérnaga modesta,
y su templado brillo
luz en la oscuridad el gusanillo.
Un Sapo vil, á quien la luz enoja,
tiro traidor le asesta,
y de su boca inmunda
la saliva mortífera le arroja.
La Luciérnaga dijo moribunda:
¿Qué te hice yo para que así atentaras
á mi vida inocente?
Y el monstruo respondió: Bicho imprudente,
siempre las distinciones valen caras:
no te escupiera yo, si no brillaras.

FÁBULA XLI.

LOS CARACOLES.

Dos Caracoles un dia
tuvieron fuerte quimera
sobre quién mayor carrera
en ménos tiempo daria.
Una Rana les decia:
Yo he llegado á sospechar
que sois ambos á la par
algo duros de mover:
ántes de echar á correr,
mirad si podeis andar.



FÁBULA XLII.

LA SOBRIEDAD DEL GATO.

Bebe agua pura como yo, borracho,
(dijo el Gato al Mosquito.)
¿Cómo tu paladar halla exquisito
ese indecente y pérfido calducho,
de cuyo olor no más tomo yo empacho?
—¿De manera que usted, según escucho,
(contextó al miz el músico de oreja)
solo el vinillo deja,
porque la tal bebida no le agrada?
Pues yo también, sin ponderarlo nada,
ese mérito igualo peregrino.
Si usted no cata el vino,
yo no como ratones, camarada.



FÁBULA XLIII.

EL PESCADOR.

Un pobre Pescador, volviendo al puerto,
sacó en la red un muerto.

Sin mirar si era fiel ó si era moro,
sepultura le dió, y halló un tesoro.

Premio de su virtud sencilla y pura,
la caridad le trajo la ventura.



FÁBULA XLIV.

LA TIERRA DE LOS COJOS.

No léjos del *Estrecho*
que hoy es de *Gibraltar* apellidado,
hubo ántes un país, ya sepultado
por la furia del mar. Allí no habia
ni un hombre que al andar fuese derecho;
ley natural, que de sorpresa embarga
por única en el mundo todavia,
nacer á los indígenas hacia
con una pierna corta y otra larga.
Salta pues, á los ojos
que á tal disposicion de piernas, era
consiguiente y precisa la cojera;
pues aunque hay muchos cojos
por otras causas que decir no importa,
cojo es el que se ve por su desdicha
con una pierna larga y otra corta,
ó, términos usando generales, —
el que tiene las piernas desiguales.
Aparte de la gracia susodicha,
cual si tuvieran en la lengua nudos

mujeres y varones,
hablaban además á tropicónes:
cojos eran en fin y tartamudos.
Arribó á este país un Europeo,
y al notar circunstancia tan chocante,
dijo muy arrogante:

Rey voy á ser aquí, pues no cojeo.—

El hombre se llevó terrible chasco.

No bien de una ciudad las calles pisa,
cuando viéndole andar los moradores,
quién de lástima exclama, quién de risa:

fruncen el gesto, y aparentan asco

Señoritas, Señoras y Señores:

haciendo muecas y soltando pullas,

sigue la multitud al forastero,

«que anda como los pavos y las grullas,»

y hasta un despilfarrado zapatero,

asiéndole del brazo,

en tomarle medida se empeñaba

para hacerle una bota, que supliera

con lo alto del tacon el gran pedazo

que, según él juzgaba,

en una pierna al otro le faltaba.

Burlado el infeliz de tal manera,

ya no pudo callar.— Pueblo sin juicio

(grita con voz robusta y altanera),

ir derecho, no es vicio;

lo vicioso y lo feo

es el vaiven, el torpe bamboleo
que sin cesar vais dando
por no saber andar: yo soy el que ando;
y atónitos de ver mi gallardía,
cada cual imitarme debería,
si esto le fuese dable
á una turba de cojos miserable.—
Todas estas injurias imprudentes
no las oyeron bien aquellas gentes;
pues como al son de la primera frase
del colérico huésped, observaron
que no era tartamudo, no esperaron
á que él sus invectivas acabase,
para aturdirle á voces y silbidos.
Cosa fué de taparse los oídos.
—Qué—qué—qué—qué (decían) lengua—guaje!
De—de lo que habla el mu—mu—muy salvaje,
la—la mi—mi—mitad se—se co—come.
Que un ma—maestro se—se le—le lleve,
y á fu—fu—fuerza de—de zu—zurridos,
que—que la—la costu—tu—tumbre tome
de—de hablar y an—andar co—como debe.—
Si en escapar de allí se tarda un poco,
me le enjaulan por loco.

Tal suele acontecer al desdichado,
que á combatir se atreve
un error por el tiempo consagrado.

FÁBULA XLV.

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA.

Poeta campanudo, que te pierdes
allá por las fantásticas alturas,
sin que en tu vuelo rápido te acuerdes
de que al pobre lector dejas á oscuras,
á tí con las palabras me dirijo
que el Ruiseñor á la Calandria dijo:
Por qué tan á las nubes te levantas?
Quieres que no se entienda lo que cantas?



FABULA XLVI.

EL LINAJUDO Y EL CIEGO.

A un Ciego le decía un Linajudo:

Todos mis ascendientes héroes fueron. —

Y respondióle el Ciego: No lo dudo:

yo sin vista nací; mis padres vieron.

No se envanezca de su ilustre raza
quien debió ser melon y es calabaza.



FÁBULA LXVII.

EL MOLINERO.

Nuestros romances de ciego
(jácaras que dicen otros),
ya se sabe que empezaban
exactamente de un modo.
Para cantar las proezas
de algun insigne galopo,
que acabó suspenso en horca
sus dias facinerosos;
para referir con gracia
las trapisondas y embrollos
de alguna bruja, tres veces
baqueteada en el lomo;
ó bien para describir
los sucesos portentosos
de Mari—Muñoz la tuerta
y Andrés Chaparrin el sordo,
principiaban los poetas
pidiendo al Señor devotos
favor para celebrar

lances que inspiró el demonio.
Yo que un romance de aquellos
enjaretar me propongo,
seguir quisiera un estilo
tan general y piadoso;
pero temiendo que digan
que no es de fábulas propio
nombrar á Dios ni á la Virgen,
ni al celeste consistorio;
ya que haga una invocacion,
segun la norma que adopto,
invocaré un personaje
fabulable y fabuloso.
Tú, Lazarillo de Tórmes,
sison célebre entre todos,
tú que tan cara pagaste
la longaniza y el mosto;
ya que segun nos refieres
en esas páginas de oro,
bajo el techo de un molino
abriste á la luz los ojos,
inspira mi lengua sosa,
dale tu decir donoso
para que el garbo engrandezca
del molinero Jeromo.

Jerónimo Garranchon,
ágil y robusto mozo,
de vista de águila y manos

como entre de gato y mono,
alquilaba de ordinario,
cual diestro en aquel negocio,
el molino de la harina
de un pueblo cerca de Toro.

Los molineros allí,
desde el tiempo de los godos,
de todo el trigo que muelen
se hacen en especie cobro.

Maquilar llaman á esto;
mal-quitar, sostuvo un docto
que fuera mejor; la causa
búsquela por sí el curioso.

Maquila es la cantidad
que el labrador por abono
cede al molinero en cambio
de hacerle su grano polvo.

A Jeromo, de maquila,
tocaba en fanega solo
medio celemin rasado,
sin una línea de colmo;
pero él las cosas á medias
las miró siempre con odio,
y á pares los celemines
maquilaba sin rebozo.

—Es (clamaban los vecinos)
cosa que nos vuelve locos:
trigo que dé menos pan,

nunca lo vimos nosotros.—

Esta merma ocasionó

quejas, riñas y alborotos,

y fué quitado el molino

al tal picaron de á folio.

Tomólo un amigo suyo,

que, siendo sison mas corto,

comparándole al primero,

era concienzudo y *probo*.

Tuvo el nuestro que moler,

despues que sufrió el despojo,

una fanega de aquellas

que ganó, ya dije cómo;

y encontró á su sucesor

fuera del molino en corro,

jugando con siete holgones

una merienda de pollos.

—Tienes prisa? dijo el nuevo.

—Sí.— Pues yo no me incomodo.

Muele y maquila por mí.

—Corriente: á ver si me porto.—

Descargó y entró el costal;

hinchió la tolva, y de pronto

lleno de trigo sacó

un esporton ancho y hondo.

—Habré maquilado bien?

(preguntó al nuevo, Jeromo.)

El hombre, viendo la espuerta,

le contextó con asombro:

No mueles una fanega?

—Sí. — Pues, si no me equivoco,

en ese capacho sacas

tres celemines. — Y bobos.

— Y es el trigo tuyo? — Mio;

pero es tan blanco y tan gordo,

que maquilar la mitad,

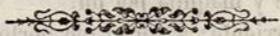
aun me pareciera poco.

Es natural: ciertos vicios,

cuando se arraigan á fondo,

á costa de cuanto tiene

los ejercita el vicioso.



FÁBULA XLVIII.

LA ESCALA.

Hambriento un Avion cogió un Mosquito,
que indulto le pidió per ser chiquito
y dar poco alimento ;
pero enojado el otro, á fuer de hambriento,
—No esperes (dijo) que tu voz me ablande:
muere, que si eres chico, yo soy grande.—
No bien hizo la muerte el inhumano,
pillale entre sus uñas un Milano.
Temblando el Avion gime y suplica ;
pero el Milano adusto le replica :
—No tienes que pensar que yo me ablande ;
muere, que tú eres chico y yo soy grande.—
Vió el Águila al Milano entretenido
en devorar el pájaro cogido,
y volando veloz, le prende y mata,
por mas que ruega y de salvarse trata.
—No es fácil (murmuró) que yo me ablande ;
muere, que tú eres chico, y yo soy grande. —
Fue el águila á volar ; pero la bala
de un diestro Cazador le rompe un ala ,

y al revolcarse por el suelo herida,
—Por qué (gritó) me privas de la vida?
—Porque no hay (dijo el Hombre) quien me mande:
muere, pues eres chica, y yo soy grande.

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,
ó sepa, si obra mal, que al fin se paga.
No murió el Cazador, y sí el Mosquito,
y el lector pensará que sin delito.
No, pues al Cazador con furia impía
le chupaba la sangre noche y día.



FABULA XLIX.

LA PRUDENCIA HUMANA.

Cayó en la red del pescador artero
un Barbo jovencito.
¡Allí fué trabajar el prisionero
para romper el cáñamo maldito!
Chupa, muerde, batalla,
deshilacha el torzal, quiebra una malla,
y al fin se libra del peligro fiero.
—Caramba! (prorumpió) de buena escapo!
Viviré en adelante sobre aviso.
Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.
Mas una cosa de comer diviso,
que á merced de las olas sobrenada,
por un hilo sutil á un palo atada.
Es, si no me equivoco,
pan, y buena racion; pues me la emboco.—
Tírase al cebo el pez sin mas recelo,
y al salir de la red, tragó el anzuelo.

Así, con sus propósitos ufana,
se arroja en pos del apetito loco
de yerro en yerro la prudencia humana.

FÁBULA L.

LA PRUDENCIA HUMANA
LA VIDA DEL HOMBRE.

Hecho ya el mundo y poblado
con todos sus animales,
á cada cual su destino
Júpiter quiso anunciarle.
—Tú has de servir (dijo al Asno)
de acémila perdurable;
te darán mal de comer
y palos á centenares.
Treinta años es necesario
que en ese oficio trabajes;
después de treinta cumplidos,
te dejaré que descanses.
—Treinta años (replicó el Burro)
de afán, de palizas y hambre,
son demasiado: te pido
que unos veinte me rebajes.—
Júpiter convino en ello,
y al Perro mandó acercarse.
—Tú (dijo) serás del hombre
compañero inseparable!

Tú cazarás, y tu dueño
comerá lo que tú caces;
tú le guardarás la casa
treinta y cinco años cabales.

—Muchos son (repuso el Perro),
porque es el trabajo grande:
quítame los veinte y cinco;
basta con los diez restantes.

(—Norabuena (contextó,
el siempre benigno padre):
vete en paz, y al Mono dile
que se me ponga delante.—

Pasado el aviso al Mono,
que vino haciendo visajes;
—Tú (díjole el dios riendo)
casi para nada vales.

Arrastrando una cadena
y en poder de charlatanes,
veinte y cuatro años harás
la diversion de las calles.

—¡Yo (gritó el mono) sufrir
veinte y cuatro años de ultrajes!
Rebaja pido. —Corriente.
Cuánto?—La tercera parte.—

Por su orden tocaba al Hombre
á Júpiter presentarse.

—Ven tú, predilecto mio,
(prorumpió el númen afable.)

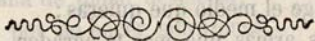
Mira esas verdes colinas,
mira esos floridos valles,
mira ese revuelto mar,
que tú poblarás de naves:
todo es tuyo: vive y goza
tesoros tan abundantes.
Treinta años te doy, que es tiempo
de mas para que te sacies.
—Treinta no mas! (clamó el hombre.)
Es un soplo, es un instante.
Con plazo tan reducido,
qué ha de poder disfrutarse?
Dame cien años lo ménos,
ó si no, recoge y dame
todos los que el Mono, el Perro
y el Asno dejaron ántes.—
Júpiter condescendió,
bien que no de buen talante,
y explicó de esta manera
su decreto inalterable:
—Al Asno, al Perro y al Mono
la vida les heredaste;
les heredarás tambien
con ellas sus propiedades.
Treinta años de vida de hombre
tendrás feliz y agradable;
pero de bestia será
desde treinta en adelante,

De los treinta á los cincuenta
en tí lloverán afanes :
mantendrás casa y familia
con tu labor incesante.

De allí á los sesenta y cinco ,
adorando en lo que guardes ,
no dormirás , recelando
que todos van á robarte.

Si de allí pasas , entónces ,
perdidas tus facultades ,
te harán fábula del mundo
chocheces inaguantables.

Mejor mil veces te fuera
con mi gusto conformarte :
bien te di , y el *mal* pediste :
quien lo quiso , que lo pase.



FÁBULA LI.

JUPITER Y LA OVEJA.

Tantos y tales trabajos
hicieron pasar las fieras
al mas inocente bruto,
á la pacífica Oveja,
que á Júpiter hubo al cabo
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.
Júpiter, le dijo : Veo,
y harto de verlo me pesa,
mansa criatura mia,
que te he dejado indefensa.
Para suplir esta falta,
elige el medio que quieras :
las armas que mas te agraden,
te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,
ó que tus pies se revistan
de fuertes garras que hieran

—No quisiera yo, señor
(respondió la pretendiente)
cosa que me asemejara
á la raza carnífera.

—¿Será mejor que introduzca
mortal veneno en tu lengua?

—No, que me aborrecerán,
lo mismo que á las culebras.

—¿Quieres que te arme de cuernos
y á tu frente dé mas fuerza?

—No, que entónces, como el chivo
no me hartaré de pependencias.

—Pues, hija, yo solo puedo
salvarte de una manera:
para que no te hagan daño,
preciso es que hacerlo puedas.

—Preciso? (la Oveja exclama,
dando un suspiro de pena):
prefiero entónces á todo
mi flaca naturaleza.

La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones,
vale mas el padecerlas.—

Júpiter enternecido
bendijo á la mansa bestia,
y ella no volvió jamas
á pronunciar una queja.

FABULA LII.

EL ALMA DE SALOMON.

Un laborioso Anciano
de sol á sol sin descansar labraba
la fértil heredad que poseía.
Él por su mano araba,
él por sí mismo el grano,
que el sustento comun del hombre encierra,
solicito vertía
en el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja
una altanera encina,
copuda en ramas y poblada en hoja,
preséntase al Anciano de repente
una Vision divina.
Él se sorprende y pasma;
y en acento mas dulce que severo
le dice la fantasma:
«No la presencia mia te amedrente:
Soy Salomon: declárame sincero,
¿por qué, ya que tu edad va declinando,
tan ávido te afanas trabajando?»

—Si eres el sabio rey gloria de Oriente,
(el labrador contesta)

bien puedes figurarte mi respuesta.

Yo estudié con desvelo tus lecciones:

en ellas al mancebo le propones

que á recoger aprenda de la hormiga,

sin perdonar momento ni fatiga.

Yo su ejemplo he seguido,

y lo que dócil aprendí mancebo,

viejo tambien á ejecucion lo llevo.

—A medias solamente has aprendido

(dijo la Sombra) mi consejo sano.

Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,

y en su sagaz gobierno

verás que si trabaja en el verano,

prudente se reserva

sus acopios gozar en el invierno.

Tú, que al invierno triste

llegaste de la vida,

reposa ya y descuida,

y disfruta por fin lo que adquiriste.



FÁBULA LIII.

EL CANGREJO.

Resto de una comida,
que orilla de un arroyo fué servida,
quedó sobre las yerbas arrojado
el conchudo cadáver de un Cangrejo,
lo mismo que la grana colorado.
Miraban y admiraban reflexivos
otros Cangrejos vivos
aquel tinte magnífico bermejo,
y cada cual de su interior exhala
esta loca expresion: Hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera
de poderse pintar de igual manera!
Oyendo la ocurrencia peregrina,
dijoles un Raton, docto en cocina:
Para adquirir matices tan brillantes,
no hay otro medio que coceros ántes:
mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
la mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida
que á los varones célebres rodea,
tome su historia y vea
cuánto dolor acibaró llenó su vida!

FÁBULA LIV.

EL LEON Y LA LIEBRE.

Cierto Leon solía
por su bondad de genio
tener con una Liebre
sus ratos de recreo.
¿Es verdad (preguntóle
la Liebre en uno de ellos)
que un miserable gallo,
si empieza el cacareo,
os hace á los leones
tímidos ir huyendo?
—No tienes que dudarlo
(dijo el Leon sincero):
lo mismo al elefante
le pasa con el cerdo,
que si oye su gruñido,
se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(preciso es conocerlo)
una flaqueza de estas

por lo comun tenemos.

—Sí? (replicó la Liebre.)

Vamos, pues ya comprendo
por qué tememos tanto
nosotras á los perros.

EL LEON Y LA LIEBRE.

Texto de una comedia.

que orilla... servida,
quedó sobre las verbas arrojada
el conchudo cadáver de un Cangrejo
lo mismo que si los dos quisieran.

Miraban oír de genio nabarril
por su honrad de genio nabarril
tener con una Liebre que se
sus ratos de reos. Quien sabe
y cada cual (preocupado)

esta la Liebre en ellos) al
que un mi... (la mamá)
de poder... (si empieza)

Oyendo... (se hace)
dijoles... (un solido)
Para... (No tienes)

(dijo el Leon sincero):
no hay... (el elante)
le pasa con el cerdo, (dijeron)

que si oye su gruñido,
se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(preciso es conocerlo)

una fiadrea de estas
8



FÁBULA LV.

LOS VIAJES.

Un Pescador, vecino de Bilbao,
cogió, yo no sé donde, un Bacalao.

—Qué vas hacer conmigo?

(el pez le preguntó con voz llorosa.)

El respondió: Te llevaré á mi esposa:

ella con pulcritud y ligereza

te cortará del cuerpo la cabeza:

negociaré despues con un amigo,

y si me da por tí maravedises,

irás con él á recorrer países.

—Sin cabeza! Ay de mí! (gritó el pescado.)

Y replicó el discreto vascongado:

Por esa pequeñez te desazonas?

Pues hoy viajan así muchas personas.



FABULA LVI.

EL PLANTADOR.

Yo esa higuera planté y aquel manzano,
y ambos me rinden hoy copioso fruto.
Hijos, igual tributo
debeis pagar á vuestro padre anciano.



FABULA LVII.

LA MARIPOSA Y LA EFÍMERA.

LA MARIPOSA.

Insectillo
singular,
¿quién te puso
donde estás?

LA EFÍMERA.

Ha corrido
la mitad
de mi vida
natural,
y he morado
siempre en paz
esta mata
de arrayan.

LA MARIPOSA.

Yo el cercano
manantial
acostumbro
visitar,
y te juro

que jamas
vi tu rastro
ni tu faz.
Tú no estabas,
en verdad,
há tres horas
por acá.

LA EFÍMERA.

Bien lo puedes
afirmar:
yo no tengo
tanta edad.

LA MARIPOSA.

¿Cuánta vida
Dios os da,
por el orden
regular?

LA EFÍMERA.

Muchas horas:
seis quizá.

LA MARIPOSA.

¡Espantosa
brevedad!

LA EFÍMERA.

¿Hay especie
de animal
cuya vida
dure mas?

LA MARIPOSA.

Infinitos
de los que hay,
miles de horas
ven pasar.

LA EFÍMERA.

¡Oh qué inmensa
cantidad!

¿Luego nunca
morirán?

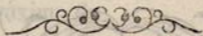
LA MARIPOSA.

Todos tienen
que acabar:
ley es esta
general.

LA EFÍMERA.

Si su vida
cesará,
no la debo
codiciar.

Larga ó corta,
se hace igual
en el punto
de expirar.



FÁBULA LVIII.

EL EXTRACTO DE LA BIBLIOTECA.

Hizo un Rey extractar su librería,
que los tomos contaba por millones,
y un resúmen le dieron que tenia
estos cuatro renglones:

«Un *quizá* representa
la ciencia toda que el mortal adquiere,
y la historia del hombre solo cuenta
que *nace, pena y muere.*

Pero el Monarca, sabio verdadero,
mandó añadir tras el renglon postrero:
«Cuando el hombre del cuerpo se desnuda,
ve claro al fin lo que viviendo duda,
y á la paciente vida meritoria
sigue infinito bien, eterna gloria.»



FÁBULA LIX.

EL CANTO DEL CISNE.

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos
llegaron á mí,
paloma nativa
de extraño pais.
Decid, Ruisiñores,
quién canta? decid.
Yo igual melodía
jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas
por este jardin,
el músico dulce
le tienes aquí.
De viejo anhelando
cesar de vivir,
el Cisne celebra
su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid, avecillas,

conmigo venid:
la muerte admiremos
del ave feliz.
¡Bien hayan las vidas
que acaban así!
¡Bendito el que puede
cantando morir!



Venid, veceñas,

FÁBULA LX.

LA MADRE Y EL ALMA INOCENTE.

LA MADRE.

Murió mi dulce María,
mi consuelo, mi alegría:
con ella al sepulcro voy.

EL ALMA INOCENTE.

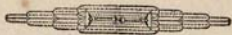
No me llores, madre mia:
yo era mujer, ángel soy



FÁBULA LXI.

LOS MUERTOS ENVIDIADOS.

Miraba Calderon (no el de la Barca, sino el que fué ministro del monarca Don Felipe tercero), Rodrigo Calderon miraba, digo, un cementerio de Madrid un dia, y en él halló un letrado cercano del umbral, que así decia:
«Amigo y enemigo
aquí en profunda paz reposan juntos.»
—Ay! (exclamó Rodrigo)
venturosos mil veces los difuntos!



FÁBULA LXII.

LA REGLA GENERAL.

UN JÓVEN.

Amé á Dios y á mis padres, fuí buen hijo,
y el Señor en la tierra me bendijo.

UNA JÓVEN.

De tener buena madre honrarme puedo:
su virtud aprendí, su dicha heredo.

OTRA JÓVEN.

Me crié sin que á nadie obedeciera:
hoy vivo sin salud en la Galera.

OTRO JÓVEN.

Irreligioso jóven, hijo malo,
maldito del Señor, muero en un palo.

REGLA GENERAL.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
que para ser feliz, hay que ser bueno.

El justo goza, los malvados gimen.

Dichosa la virtud! mísero el crimen!

ÍNDICE.

Pág.

Fábula primera que sirve de introduccion:

I.	<i>El Treinta de Abril.</i>	3
II.	<i>La Joya milagrosa.</i>	15
III.	<i>La Rosa y la Zarza.</i>	15
IV.	<i>Los Premios de la Emperatriz.</i>	18
V.	<i>La Verdad sospechosa.</i>	21
VI.	<i>Pedro Enreda.</i>	22
VII.	<i>El Envidioso.</i>	24
VIII.	<i>La Rosa amarilla.</i>	25
IX.	<i>Los Cascabeles de oro.</i>	26
X.	<i>Timántes.</i>	32
XI.	<i>El Retrato de Júpiter.</i>	33
XII.	<i>Blasito.</i>	33
XIII.	<i>Las Espigas.</i>	37
XIV.	<i>La Peonza y la Perinola.</i>	38
XV.	<i>El látigo.</i>	40
XVI.	<i>La Sardina y la Ostra.</i>	42
XVII.	<i>El Niño mono.</i>	45
XVIII.	<i>El Espejo y el Agua.</i>	46
XIX.	<i>La Tohalla.</i>	47
XX.	<i>El Caballo de bronce.</i>	48
XXI.	<i>El Santero.</i>	52
XXII.	<i>Los Tres quejosos.</i>	53
XXIII.	<i>La Lluvia de verano.</i>	54
XXIV.	<i>Los Polvos de la Madre Celestina.</i>	58
XXV.	<i>El Arabe hambriento.</i>	59
XXVI.	<i>El Dinero.</i>	60
XXVII.	<i>La Fuente mansa.</i>	61
XXVIII.	<i>El Oso y el Elefante.</i>	62
XXIX.	<i>La Vision y el Libro.</i>	64

XXX.	<i>El Abanico.</i>	67
XXXI.	<i>El Cuervo y la Zorra.</i>	68
XXXII.	<i>El Comprador y el Hortera.</i>	71
XXXIII.	<i>La Fortuna</i>	75
XXXIV.	<i>El Diamante y el Cristal.</i>	79
XXXV.	<i>El Asno feliz.</i>	81
XXXVI.	<i>Esopo y el Borrico.</i>	85
XXXVII.	<i>El Cuadro del Burro</i>	84
XXXVIII.	<i>El Jumento murmurador</i>	85
XXIX.	<i>El Peral</i>	86
XL.	<i>La Luciérnaga y el Sapo.</i>	87
XLI.	<i>Los Caracoles</i>	88
XLII.	<i>La Sobriedad del Gato.</i>	89
XLIII.	<i>El Pescador</i>	90
XLIV.	<i>La Tierra de los Cojos.</i>	91
XLV.	<i>El Ruiseñor y la Calandria</i>	94
XLVI.	<i>El Linajudo y el Ciego</i>	95
XLVII.	<i>El Molinero</i>	96
XLVIII.	<i>La Escala</i>	101
XLIX.	<i>La Prudencia humana.</i>	105
L.	<i>La Vida del Hombre</i>	104
LI.	<i>Júpiter y la Oveja</i>	108
LII.	<i>El Alma de Salomon.</i>	110
LIII.	<i>El Cangrejo</i>	112
LIV.	<i>El Leon y la Liebre</i>	115
LV.	<i>Los Viajes</i>	115
LVI.	<i>El Plantador.</i>	116
LVII.	<i>La Mariposa y la Efémera.</i>	117
LVIII.	<i>El Extracto de la Biblioteca.</i>	120
LIX.	<i>El Canto del Cisne.</i>	121
LX.	<i>La Madre y el Alma inocente.</i>	125
LXI.	<i>Los Muertos envidiados.</i>	124
LXII.	<i>La Regla general.</i>	125

CORRECCIONES.

Pág.	Lín.	Dice	Léase
5	16	de rodillas	obsequiosos
49	12	le iba registrando	le corria todo





1148055

PUNTOS DE VENTA.

En algunas librerías de esta calle Mayor,
de la calle del Arco, y en las de
en Holanda.
En Provincias: En sus de todos los comisarios
de la General de Holanda, y en las
de Holanda.

Ref: 2947

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID. Librerías de *Cuesta* calle Mayor, y de *Hernando* calle del Arenal, á 3 rs. en rústica y 4 en holandesa.

EN PROVINCIAS. En casa de todos los comisionados de la Galería dramática EL TEATRO, á 4 rs. en rústica y 5 en holandesa.



